

CELEBRA CON NOSOTROS EL 31M

**DOSSIER DE ACTIVIDADES PARA
CENTROS EDUCATIVOS
(PROFESORADO)**

*IV Aniversario de la
Revolta de la España vaciada*

CELEBRA CON NOSOTROS EL IV ANIVERSARIO DE LA REVUELTA

ACTUACIONES EN EL TERRITORIO

(Centros educativos)

1. ¿QUÉ CONMEMORAMOS?

El próximo **31 de marzo** la *Revuelta de la España vaciada* conmemora por cuarto año consecutivo su encuentro en la gran manifestación que tuvo lugar en Madrid en 2019. Este año 2023 volvemos a proponer a los docentes y estudiantes una reflexión ante el problema de la despoblación que sufren muchos territorios españoles.

2. ¿DÓNDE Y CUÁNDO LO CELEBRAMOS?

El sábado **1 de abril** tendrán lugar en los pueblos y capitales de muchas provincias de la España vaciada **concentraciones** en las que se dará lectura al manifiesto de este año, que ha centrado su atención en la entrega desproporcionada de nuestros recursos naturales para la obtención de energía y alimentos, ayudando muy poco en la lucha contra la despoblación.

Paralelamente, a partir del 23 de marzo queremos sensibilizar a los jóvenes sobre ello, y es por eso que proponemos a los centros educativos de Secundaria, Bachillerato y Formación Profesional que, más allá de analizar el problema, también nos ayuden a aportar soluciones con las que demostrar a la sociedad que “*No queremos ser territorio de sacrificio*”.

3. ¿POR QUÉ NOS MOVILIZAMOS?

Pensamos que nuestros territorios poseen una gran riqueza de la que no siempre somos beneficiarios directos, y que incluso alejan otras posibilidades de desarrollo para que nuestros jóvenes puedan elegir quedarse o regresar a ellos, en igualdad de condiciones.

4. ¿QUIÉN ORGANIZA?

Al frente de esta celebración está el movimiento social y ciudadano *Revuelta de la España vaciada*, formado por más de un centenar y medio de plataformas y asociaciones de todos los territorios que sufren el problema de la despoblación, y que participaron en la manifestación del **31 de marzo de 2019** en Madrid.

5. ¿CÓMO PODEMOS COLABORAR LOS CENTROS EDUCATIVOS?

A los docentes os proponemos, en primer lugar, conocer el movimiento ciudadano a través de nuestra página web revueltaespañavaciada.org.

Con el fin de ser desarrolladas desde las tutorías, o en el marco de aquellas asignaturas en las que sea posible su adaptación al currículo escolar, o dentro del propio Plan de Lectura de Centro, hemos diseñado una serie de actividades que podréis realizar en clase.

6. ¿QUÉ PROPUESTAS DE ACTIVIDADES SE OFRECEN?

Las actividades que son, sencillamente, un ejemplo para ayudarnos a afrontar, junto a nuestros jóvenes estudiantes, la temática de la despoblación, desde el reconocimiento del problema al análisis de sus posibles soluciones.

Los docentes que decidan llevar a cabo alguna de las propuestas, podrán también adaptarlas a las circunstancias particulares de su alumnado y del entorno.

7. RESUMEN DE ACTIVIDADES:

ACTIVIDAD 1: LEER EN TORNO A LA DESPOBLACIÓN. La literatura también habla de la despoblación. Por eso, te ofrecemos una selección de textos para leer en clase. Conoce a sus autores y sus obras.

ACTIVIDAD 2: ESCRIBIR SOBRE LA DESPOBLACIÓN. Ahora te toca a ti. Compón una pequeña historia o un poema y compártelos con nosotros.

ACTIVIDAD 3: TRABAJO Y DIGNIDAD PARA LOS JÓVENES DE LA ESPAÑA VACIADA. Crea un mural para analizar las necesidades en la España vaciada y las posibilidades y aportación de las futuras profesiones de nuestros jóvenes.

ACTIVIDAD 4: AQUÍ, MI PUEBLO. Elabora un trabajo de campo empleando las TICs para dar a conocer todos los recursos del entorno de tu pueblo.

ACTIVIDAD 5: ESTA ES NUESTRA OPORTUNIDAD. Partiendo de estudios demográficos, analiza las causas que han llevado a la despoblación de gran parte de los territorios, completando con datos próximos y locales el trabajo.

CELEBRA CON NOSOTROS EL IV ANIVERSARIO DE LA REVUELTA

ACTUACIONES EN EL TERRITORIO

(Centros educativos)

ACTIVIDAD 1: LEER EN TORNO LA DESPOBLACIÓN.

1. Introducción:

A partir de la selección ofrecida en el dossier adjunto, realizamos la **lectura de textos literarios y no literarios en los que se habla de la despoblación** desde distintos aspectos.

2. Destinatarios:

Especialmente destinado a alumnos de ESO, 1º Bachillerato y Formación Profesional.

3. Descripción:

Lectura y análisis de los textos del dossier. Seleccionar otros textos sobre los diferentes aspectos en torno a la despoblación, con los que seguir ampliando dicha selección.

4. Elaboración:

- a. Lectura de los textos del dossier.
- b. Buscar información en torno a la obra, el autor y el lugar del que se habla.
- c. Realizar una infografía con Canva, Genially o similar con todos los datos obtenidos.
- d. Una vez terminado el trabajo, podemos remitirlos a la dirección contacto@españavaciada.org. La organización seleccionará algunos para ser publicados en nuestra web.

CELEBRA CON NOSOTROS EL IV ANIVERSARIO DE LA REVUELTA

ACTUACIONES EN EL TERRITORIO

(Centros educativos)

ACTIVIDAD 2: ESCRIBIR SOBRE LA DESPOBLACIÓN.

1. Introducción:

Ejercicio de creación literaria de una pequeña historia, poema o artículo de opinión

2. Destinatarios:

Especialmente destinado a alumnos de ESO, 1º Bachillerato y Formación Profesional.

3. Descripción:

Empleando herramientas digitales, los alumnos escribirán sus propios textos sobre la despoblación y todas las posibles oportunidades que ofrecen los pueblos. También pueden crear poemas y redactar artículos de opinión.

4. Elaboración:

- a. Lectura de los textos del dossier
- b. Redacción de un cuento o relato corto, un poema o un artículo de opinión.
- c. Selección de imágenes que acompañen a los mismos (buscar en el banco de imágenes como <https://intef.es/recursos-educativos/banco-de-imagenes-y-sonidos/> o similar)
- d. Con aplicaciones digitales como Story Jumper, crear un libro animado.
- e. Una vez terminado el trabajo, el profesorado podrá compartirlos en la dirección contacto@españavaciada.org. La organización seleccionará algunos para ser publicados en nuestra web.

CELEBRA CON NOSOTROS EL IV ANIVERSARIO DE LA REVUELTA

ACTUACIONES EN EL TERRITORIO

(Centros educativos)

ACTIVIDAD 3: TRABAJO Y DIGNIDAD PARA LOS JÓVENES DE LA ESPAÑA VACIADA

1. Introducción:

Confección de un mural para analizar las necesidades en la España vaciada y las posibilidades y aportación de las futuras profesiones de nuestros jóvenes.

2. Destinatarios:

Alumnado de todos los niveles de ESO.

3. Descripción:

Elaboración de un mural con la silueta de un árbol en la que se analicen las necesidades en la España vaciada sobre servicios, infraestructura, conectividad, etc., pero también las posibilidades y la aportación de las futuras profesiones para paliar o frenar la despoblación.

4. Elaboración:

- a. Dibujar la silueta de un árbol con ramas y raíces, solamente, sobre papel continuo previamente colgado en la pared (se puede emplear un proyector) y pintarla.
- b. “Regar” con pósits (blocs de notas adhesivas) qué es necesario para quedarme en mi tierra o que otros jóvenes puedan volver aquí. Hacer una lluvia de ideas y poner los pósits amarillos en las raíces.
- c. Hacerlo florecer: con pósits de colores poner qué aporta o aportaría la profesión que el alumnado estudia (FP) o le gustaría estudiar (ESO) para frenar la despoblación en su tierra o su provincia (cooperativas, servicios, emprendimiento, etc.).
- d. Abrir debate y reflexionar sobre qué podrían hacer ellos y ellas como jóvenes para poder quedarse en su tierra con sus estudios.
- f. Finalizar el mural escribiendo el mensaje:

*"Cuanto más profundas sean nuestras raíces,
más lejos podrán llegar nuestras ramas".*

CELEBRA CON NOSOTROS EL IV ANIVERSARIO DE LA REVUELTA

ACTUACIONES EN EL TERRITORIO (Centros educativos)

ACTIVIDAD 4: AQUÍ, MI PUEBLO

1. Introducción:

Elaboración de un trabajo de campo usando las TICs para dar a conocer todos los recursos del entorno de nuestros pueblos.

2. Destinatarios:

Especialmente destinado a alumnos de 3º y 4º de ESO, 1º Bachillerato y Formación Profesional.

3. Descripción:

Empleando herramientas (como PowerPoint, Canva, Genially...), los alumnos realizarán una presentación en formato tríptico, infografía, presentación de diapositivas o vídeo, para hablar de sus localidades, dando a conocer los recursos naturales, paisajísticos, económicos y artísticos de las mismas, así como datos de población.

4. Elaboración:

- a. Lectura previa de información sobre datos de población en España proporcionada por los propios docentes.
- b. Confección de un listado a dos columnas (con el diseño de una balanza), poniendo a un lado todo aquello que tenemos en nuestros pueblos, y al otro, aquello que nos falta o se encuentra demasiado lejos. Finalizar con una reflexión.
- c. Selección de los datos que se van a incluir en el trabajo con las TICs, así como de imágenes, en torno a los recursos no explotados de los pueblos y a sus posibilidades.
- d. Una vez terminado el trabajo, el profesorado elegirá los que considere adecuados para remitirlos a la dirección contacto@españavaciada.org. La organización seleccionará algunos para ser publicados en nuestra web.

CELEBRA CON NOSOTROS EL IV ANIVERSARIO DE LA REVUELTA

ACTUACIONES EN EL TERRITORIO (Centros educativos)

ACTIVIDAD 5: ESTA ES NUESTRA OPORTUNIDAD

1. Introducción:

Análisis de las causas que han llevado a la despoblación en muchos territorios españoles.

2. Destinatarios:

Especialmente destinado a alumnos de 3º y 4º de ESO, y Bachillerato.

3. Descripción:

Partiendo cualquier trabajo demográfico actual proporcionado por profesores, se realizará un informe con datos obtenidos del análisis de la situación de hoy en nuestros pueblos, que incluirá una pirámide de población y un estudio de los motivos que han podido propiciar el descenso de habitantes, y sus consecuencias.

4. Elaboración:

- a. Lectura de un estudio demográfico actual proporcionado por los docentes.
- b. Investigación sobre los graves problemas del envejecimiento de la población, así como la degradación del medio ambiente (bosque abandonado, descenso producción extensiva, incremento producción agropecuaria intensiva con el consiguiente deterioro del entorno...).
- c. Elaboración de un informe que incluya una pirámide de población para observar la gran muesca generacional, y un estudio de las causas que han podido propiciar dicha reducción de la población y las consecuencias a medio y largo plazo.
- d. Una vez terminado el trabajo, el profesorado elegirá los que considere adecuados para remitirlos a la dirección contacto@españavaciada.org. La organización seleccionará algunos para ser publicados en nuestra web.

ANEXO

DOSSIER DE TEXTOS

1. POESÍA

El grito de la España Vaciada

Mi patria chica es una ciudad y unos cuantos pueblos.
Mi patria está condenada a morirse, en silencio,
de pena y de vieja.

En doscientos años, mi patria será ruinas,
será las historias que no recuerda el viento
y los muertos a los que nadie llevará flores.

Me siento indefenso ante las grandes patrias,
enarbolan banderas “nacionales”.
Países que hace dos mil años no existían
y dentro de dos mil años morirán
matando,
regios y orgullosos.

Las grandes patrias están forjadas en la guerra,
cualquier sentimiento de unidad
fue porque tal o cual general conquistó
hasta determinado pueblo y no siguió con el cercano.

Mi patria chica es uno de esos pueblos
que se mecen en la frontera de las grandes patrias
y se creen que la historia de los conquistadores es la suya propia.

Mi patria es demasiado pequeña,
somos los vecinos, los vecinos de los vecinos y yo.
Mi patria hoy se muere en Valladolid, en Madrid, en Londres,
Y ha perdido el derecho y la honra de morirse en su propia casa.

Mi patria no será excusa de la historia de patrias futuras
y perderá la suya propia 90 años después de que no quede nadie,
en una camilla más de un hospital cualquiera.

Mi patria ha sido el granero de los conquistadores.
Hasta que la desertificación quiera
será el vino tosco y duro,
será el trigo y será el pan que se hace en aceñas
y será todo el trabajo en el campo
que no entiende de días hábiles,

ni de huelgas, ni de manifestaciones.

Mi patria chica es una anciana que ya no puede moverse,
que por mucho que agitara el bastón
nadie escucharía su voz afónica.

Me siento impotente con mi patria,
da igual cuantos poemas
cuantas protestas
mi patria está condenada a morirse, en silencio,
de pena y de vieja.
Y joder,
¿quién?
¿quién?
¡quién gritará en su funeral!

Soñar, Alberto Zamorano

A mi tierra

Acostumbré mis ojos
a tus inmensidades
a tus horizontes sin horizonte,
a los agujeros negros de tus noches;
por eso que es infinito
mi limitado pensamiento.

Acostumbré mis manos
a las tareas sin fin
de los veranos con calor asfixiante
de los inviernos de sabañones,
de dientes que castañean;
por eso que esta vida
no me parece tan perra.

Acostumbré mis pies
A tus polvorientos senderos
y mi respiración se hacía polvo
que mancillaba las flores del camino
velando su hermosura;
por eso aprecio el aire fresco

de tus heladores despertares.

Acostumbré mis pies
a tus caminos, glaciares de barro,
que atrapaban mis rotos zapatos
en tu pegajoso fango
queriendo volverme limo, tierra;
por eso me hice inmune
a las inclemencias atmosféricas.
Acostumbré mis oídos
para que percibieran el latido
de tu telúrico corazón,
de tu entrecortada respiración,
en el batir de las alas de los pájaros
y en el susurro adormecido de tus chopos
soldados en posición de revista;
por eso me duele tanto
esta pertinaz sordera.

Me acostumbré al murmullo
de tus venas abiertas,

en tus fuentes y manantiales,
transfusión de vida
para tu piel reseca y olvidada;

por eso nada sacia mi sed
si no te tengo cerca
¡Tierra amada!

Tener un pueblo

Tengo a mis mellizos
conmigo en el pueblo,
con sus nueve años
que da gusto verlos

Y entran gritando:
¿Dónde está el abuelo?
y traen un pichón
o, herido, un vencejo,

Son dos lagartijas
con culos inquietos:
¡Cómo me recuerdan
cuando yo era nieto!

o quieren llevarme
a jugar con ellos
subiendo al Castillo
o en el río seco.

Corren las gallinas
y sacan los huevos.
Y, en la concejera,
Viendo los conejos

¡Abre la bodega!
y llévanos dentro
a ver los carrales...
¡qué profundo esto!

Los ojos cerrados
y hociquillo inquieto,
temblando la mano
que atusa su pelo.

Están deseando
las Fiestas del pueblo:
los cohetes, la música,
hinchables y juegos.

Salen de la casa,
¡Siempre van corriendo!
Golpean la puerta,
Su abuela tras ellos;

Las guerras de agua
Calaos hasta los huesos
¿Qué felices son!
¡Qué gusto da verlos!

¡Iros con cuidado!
Y queda diciendo:
“Me tiran la casa
Cualquier día de estos”

Comen como fieras,
marmotas durmiendo.
La calle es su Mundo,
la libertad su Cielo.

Van en bicicleta
como dos locuelos.
Saltan las aceras,
que da miedo verlos.

Y surge esta idea
en mi pensamiento:
¡Qué bueno es de niños
que tengan un pueblo!

Sin gente ni gorriones

Dicen que escasea
el pardo gorrión
camina a saltos
hacia la extinción.

Cuando era pequeño
en mi pueblo había
bandadas de gorriones,
-yo alguno cogía-.

Con las pajareras
o entre los bardales,
la buena merienda
era de pardales.

Sin embargo, ahora

-que Dios me bendiga-
al lado de un árbol
les dejo unas migas.

Me siento en un banco
y pronto aparecen
algunos gorriones
que hambre padecen.

Me quedo pensando
Triste y preocupado:
Sin gorrión ni gente
mi pueblo ha quedado.

Al amor de la Trébe
Eleuterio del Pozo García

REVOLVER

Me gustaría volver
al lugar que ya no recuerdo.
Pasear por esas calles indómitas,
vacías de gente abstraída.
Buscar rincones que ya no existen.
Buscar, aun así, una gota de su esencia.

Y que cada paso me lleve hasta otro
posible recuerdo
que mi mente adormecida anhela.
Y entre luz y sombra, entre ese
desconcierto,
observar un paisaje
que siempre creí que me pertenecía.

Sería dulce camino el que
recorrerían nuestros pasos de nuevo
por ese lugar que ya no es el mismo,
pero en el que todavía quedan nuestras
huellas.

Y es que debemos revolver
y pisar una tierra
que aún admite una reconquista.
Porque nuestros son los territorios
cuando dormimos en ellos.

Guadalupe Caudín

2. NARRATIVA

La marcha a la ciudad

Su padre se recostaba en el entremijo aquella noche, mientras su madre recogía los

restos de la cena. Hacía ya casi seis años que Daniel, el Mochuelo, sorprendiera esta escena, pero estaba tan sólidamente vinculada a su vida que la recordaba ahora con todos los pormenores.

—No, el chico será otra cosa. No lo dudes —decía su padre—. No pasará la vida amarrado a este banco como un esclavo. Bueno, como un esclavo y como yo. Y, al decir esto, soltó una palabrota y golpeó en el entremijo con el puño crispado. Aparentaba estar enfadado con alguien, aunque Daniel, el Mochuelo, no acertaba a discernir con quién. Entonces Daniel no sabía que los hombres se enfurecen a veces con la vida y contra un orden de cosas que consideran irritante y desigual. A Daniel, el Mochuelo, le gustaba ver airado a su padre porque sus ojos echaban chiribitas y los músculos del rostro se le endurecían y, entonces, detentaba una cierta similitud con Paco, el herrero.

—Pero no podemos separarnos de él —dijo la madre—. Es nuestro único hijo. Si siquiera tuviéramos una niña. Pero mi vientre está seco, tú lo sabes. No podremos tener una hija ya. Don Ricardo dijo, la última vez, que he quedado estéril después del aborto.

Su padre juró otra vez, entre dientes. Luego, sin moverse de su postura, añadió:

—Déjalo; eso ya no tiene remedio. No escarbes en las cosas que ya no tienen remedio.

La madre gimoteó, mientras recogía en un bote oxidado las migas de pan abandonadas encima de la mesa. Aún insistió débilmente:

—A lo mejor el chico no vale para estudiar. Todo esto es prematuro. Y un chico en la ciudad es muy costoso. Eso puede hacerlo Ramón, el boticario, o el señor juez. Nosotros no podemos hacerlo.

Su padre empezó a dar vueltas nerviosas a una adobadera entre las manos. Daniel, el Mochuelo, comprendió que su padre se dominaba para no exacerbar el dolor de su mujer. Al cabo de un rato añadió:

—Eso quédalo de mi cuenta. En cuanto a si el chico vale o no vale para estudiar depende de si tiene cuartos o si no los tiene. Tú me comprendes.

Se puso en pie y con el gancho de la lumbré desparramó las ascuas que aún relucían en el hogar. Su madre se había sentado, con las bastas manos desmayadas en el regazo. Repentinamente se sentía extenuada y nula, absurdamente vacua e indefensa. El padre se dirigía de nuevo a ella:

—Es cosa decidida. No me hagas hablar más de esto. En cuanto el chico cumpla once años marchará a la ciudad a empezar el grado.

La madre suspiró, rendida. No dijo nada. Daniel, el Mochuelo, se acostó y se durmió haciendo conjeturas sobre lo que querría decir su madre con aquello de que tenía el vientre seco y que se había quedado estéril después del aborto.

El camino, Miguel Delibes

Solo

El borbotón del río llenará sus corazones cuando vadeen la corriente por la vieja pontona de maderos y tierra apelmazada. Quizás, en ese instante, alguno piense en dar la vuelta y regresar sobre sus pasos. Pero será ya tarde. El camino se pierde con el río tras las primeras tapias y sus linternas habrán ya iluminado ese sórdido paisaje de paredes y tejados reventados, de ventanas caídas, de portones y cuadros arrancados de sus marcos, de edificios enteros arrodillados como reses en el suelo junto a otros incólumes aún, desafiantes, que yo ahora todavía puedo ver a través de la ventana. Y, entre tanto abandono y tanto olvido, como si de un verdadero cementerio se tratara, muchos de los llegados conocerán por vez primera el terrible poder de las ortigas cuando, adueñadas ya de las callejas y los patios, comienzan a invadir y a profanar el corazón y la memoria de las casas. Nadie, sino algún loco - pensará más de uno en ese instante- puede haber resistido completamente solo tanta muerte, tanta desolación durante años.

Durante largo rato contemplarán el pueblo en medio de un silencio sepulcral. Todos ellos lo conocen desde antiguo. Alguno, incluso, tuvo familia aquí y recordará los tiempos en que subía a visitar a sus parientes por las fiestas de otoño o de la Navidad. Otros volvieron, ya en los últimos años, para comprar ganado y algunos muebles viejos cuando la gente comenzó a dejar el pueblo y se deshacía sin demasiadas exigencias, sin excesiva lástima ni ambición, de todo cuanto pudiera reportar algún dinero con el que empezar una nueva vida en la tierra baja o en la capital. Pero, desde que murió Sabina, desde que en Ainielle quedé ya completamente solo, olvidado de todos, condenado a roer mi memoria y mis huesos igualmente que un perro loco al que la gente tiene miedo de acercarse, nadie ha vuelto a aventurarse por aquí. De eso, hace casi diez años de total soledad. Y, aunque de tarde en tarde, hayan seguido viendo el pueblo desde lejos - cuando suben al monte por la leña o, en el verano, con los rebaños-, en la distancia nadie habrá podido imaginar las terribles dentelladas que el olvido le ha asestado a este triste cadáver insepulto.

La lluvia amarilla, Julio Llamazares

El reloj de Mirabeles

Las pequeñas magnitudes de tiempo las medíamos por ratos: Ratos de palique, ratos de siesta, ratos de faena... Cualquiera deduciría que los mirabilesinos éramos informales, algo botarates, amparados en esa cuenta poco rigurosa del tiempo; sin embargo, no era así, porque todos participábamos de una percepción aproximada de lo que el uso había establecido para cada actividad o compromiso, sin que nadie, por lo general, sacara los pies del tiesto.

Esto era tal vez así porque en Mirabeles ignorábamos el horario oficial. Carecíamos de un reloj público. El que ahora luce en la torre de la iglesia, incardinando a Mirabeles al mundo exterior, con toda suerte de electrodomésticos, todavía no existía en aquellos tiempos. El que ocupaba su lugar no tenía de tal más que la esfera; la maquinaria original no llegó a colocársele nunca. Había acabado pudriéndose en un muladar, sin el más mínimo palpito, por culpa de un pleito inconcluso entre el tío Trigón, como donante, y el cura párroco, como beneficiario. Ignoro si, dado el caso, puede hablarse con propiedad de que lo que teníamos plantificado en la torre era un cuerpo en pena; pero lo cierto es que el final de aquel reloj había sido el contrario del que dicen que tenemos los hombres, pues mientras su cuerpo languidecía en el paredón de la torre de la iglesia, su alma, su maquinaria, se había convertido en estiércol, víctima del orín y los bichos, sin iniciar siquiera el catecumenado.

La mirada fría de Serafín Garzón. El Prodigio, Francisco Torres

Lumbre

De la vida en despoblado, Manuel sabía lo mismo que de remendar telarañas: nada. De solucionar problemas cotidianos, sin embargo, sabía mucho. Salía ganando.

A las afueras de Zarzahuriel había una fuente. Como él me contó, echaba una soguita de líquido por un tubo de latón. Me pareció muy raro que siguiera surtiendo en aldea vacía. Pero buscando y preguntando me encontré con que hay caños de los que no mana el agua desviada al efecto para su traída. Sino la que corre bajo sí, porque están erigidos en el curso natural de la vena hídrica (habitualmente subterránea). Podían haber taponado la fuente tras la marcha del último habitante de Zarzahuriel, pero el agua habría seguido fluyendo por la misma vía de igual forma (acaso creando problemas de anegación). Así que nadie se había tomado la molestia de ir a cortarla. El caudal no era mucho, de a dos litros por minuto, pero a Manuel le sobraba tiempo para que el chorrito le llenara una botella que se llevó de Madrid. Decía que el agua era tan rica que se le notaba la excelencia al tacto de la mano puesta bajo el pitorro. Se aseaba allí mismo, como si fuera su pila callejera, y entonces la prueba del contacto con la piel ganaba campo de ensayo.

Salió a por leña desde el primer o segundo día. El tiempo del verano era templado, pero siempre había algo que calentar en la lumbre. Vació del todo el bolsón de rafia con el que salió zumbando de mi casa y comenzó por dirigirse a una de las manchas de bosque que rodeaban Zarzahuriel, siempre evitando pistas de la red viaria y caminos marcados. Iba riéndose, porque lo de coger leña por la foresta le sonaba a cuentos infantiles de mucha moraleja.

Leí en Internet que por la zona crecían fresnos, sobre todo, robles y algo de pino, que se debió de explotar mientras hubo quién. Encontró bastante madera por el suelo, la que nadie recogió tras años de desgajarse por el peso de la nieve, el viento soplando y la muerte natural. Esta leña delgada fue el calostro de su calor. Reseca, pesaba poco, y se podía cortar con el pie pisándole y haciendo palanca. Más adelante empezó a llevarse tronchos de más entidad, más sustanciosos pero no tan abundantes a ras de suelo.

Estos había que trocearlos. El que la chimenea de la cocina fuera abierta no obligaba a seleccionar las ramas gruesas en pedazos demasiados chicos, lo que ahorraba cortes. Pero había que tajarlos, de todas formas. Manuel contaba con una sierra careada y con un hachita de dos palmos de asta que encontró en el patio sepultados en una artesa llena de clavería roñosa. El pobre armamento era una promesa de sufrimiento para brazo y riñones. Manuel se puso como un cafre, no obstante. No tenía otra cosa que hacer. Cuando paraba, cada quince o veinte minutos, echaba el bofe. Pero a su vez, sentía que le cogía una satisfacción que debía de ser prima de la del deportista que se desgasta aposta la fibra por afición tonificante. Pasar horas sudando los mangos le ponía contento. “Me están saliendo tetas”, dijo.

Tuvo también que hacer de fumista. Al principio, de cuclillas ante la chimenea, luchaba con las llamas. No por extinguirlas, como se dice siempre que salen en los telediarios, sino por provocarlas. Las hojas secas, los palos delgados, los cachos de corteza, le ardían bien. Pero la lumbre se le apagaba cuando pretendía hacerla con madera de más calibre. Amontonaba ramas gruesas, les pegaba la cerilla al lomo, parecían obedecer a sus ruegos por arder con fuego denso y luego se arrepentían.

Manuel ensayó, cómo no. Como hizo siempre en su vida urbana.

Los asquerosos, Santiago Lorenzo

Recuentos

EL ÚLTIMO DÍA DE MI ESTANCIA en el valle volví a madrugar. Y lo hice por ceder a un sentimiento que ya me rondaba desde que advertí la primera luz en el ventanal, una suerte de congoja paciente e indecisa. ¿Pero es que puede ser concreta la melancolía? Porque de melancolía se trataba, bien lo sabía yo. ¿Y no es esa divagación confusa la que hace dulce la pena? A lo mejor la que me invadía a mí era la misma añoranza que hubo de acompañar durante siglos a los pastores del país, que a las puertas del otoño levantaban la casa para invernar lejos de aquí. De esos penares de la partida me había hablado ya alguno. Y recuerdo lo que me dijo: que la mejor manera de curarse de nostalgias es renovándolas. Así que me prometí regresos tarde o temprano, entradas en el valle que volvieran a resucitar el paisaje latente en la memoria. El paisaje y las voces que lo animaban. Mientras recogía la habitación —vean qué urgencias— ya empecé a figurarme deshaciendo la maleta en un próximo verano. Mas no debían de ser tan largas las cuentas de la vuelta porque, en el recibidor del hostel, al despedirme de don Sindo y de doña Verita, me oí anunciando este propósito:

—A lo mejor vengo en invierno a ver esto con nieve.

Los dueños del Alantre me miraron con afecto. Luego se miraron entre sí, brevemente, pero con una intensidad que parecía decir muchas cosas, o callarlas todas. Y, por fin, don Sindo bajó los ojos y empezó a acariciarse el lóbulo de la oreja meditabundo, tal vez triste.

—Lo único —rompió doña Verita el silencio recién creado—, avise con tiempo no vaya a quedarse sin habitación.

Considerando las reservas con las que me había atendido esta misma dueña cuando pedí plaza hacía un mes y cómo encontré vacío el hostel en pleno verano, supuse que notendría que pelear fieramente por una cama libre en enero.

—¿Con quince días habrá margen? —concedí.

—Malo será.

«Malo será». Ahora, frente al papel, me viene a la memoria aquella expresión; y el gesto del ama, un sí es no es resignado e irónico. Y con semejantes maneras de decir y decallar vuelve también la postura cabizbaja de don Sindo junto al mostrador, la ausencia un tanto desolada en la que pareció hundirse cuando yo expresé mi intención de regresar en invierno.

Evoco ahora estos pormenores porque en la reserva de don Sindo y en la breve conversación que le sucedió en el recibidor del hostel, afloraron pesares que me parecieron nuevos, pero amargas esenciales, empezaba a creer, que desnudaban el alma verdadera del valle. Y he de admitir que si hubo atisbos previos de esas sombras en la semana que estuve allí, yo no los había sabido ver. De manera que lo que tomara en su día por reserva de doña Verita empezaba a resultarme un modo decoroso de encubrir otro sentimiento que acabó haciéndose explícito a la puerta del hostel la mañana de mi marcha.

—Venga cuando quiera —dijo invitadora mientras yo le retenía un momento la mano que me había tendido para despedirse—. Estamos muy solos aquí, rumiando recuerdos el día entero, como tontos sin que hacer.

¿Querrán creer que aquellas palabras me conmovieron tanto como los ojos humedecidos de don Sindo, que nos miraba un paso por detrás? De pronto sentí una gran piedad por ambos y me vi cumpliendo con la ceremonia de llamar con tiempo para reservar habitación en aquel solar lejano, en aquel país espléndido y vacío, ensimismado en el prestigio de sus voces antiguas, rendido a la exigencia —ahora lo entendía— de unas maneras laboriosas de expresarse que venciesen las penurias de la realidad. Y si había tardado en darme cuenta de que el abandono era el destino más urgente del valle, enseguida llegaron unas palabras de don Sindo a ratificar la condena y a exponer al mismo tiempo su alivio.

—Estamos muy solos aquí, esa es la verdad. De no ser por las historias, qué sé yo si no nos

olvidaríamos.

Dejó la frase suspensa en el aire, y en el aire quedaron las palabras con su carga de extrañeza, de fatalidad, quizá de súplica. Porque don Sindo, antes que sembrar vacilaciones parecía reclamar remedios contra la disipación y la desmemoria, enmiendas a la adversidad de irse desvaneciendo hasta perderse de este mundo. Y la reparación de la vida solitaria apelaba al designio de una existencia hechizada por las palabras. No había impostura en vivir la vida como una fábula sino industria para corregir las deficiencias de la realidad.

—Ah, si hubiera conocido usted esto como era antes —intervino doña Verita—. No había mesa vacía en ninguna casa. Pero todo empezó a decaer. Y lo fuimos viendo morir. Primero había más personas que vacas, luego más vacas que personas y ahora ni personas ni vacas.

—Son los tiempos —concluyó don Sindo.

Nos quedamos en silencio los tres, rumiando las tribulaciones de nuestro día.

—Todavía en verano esto da algo la cara. Pero ni sombra de lo que fue, no se vaya a pensar —advirtió doña Verita mirándome apenada.

Yo estuve por replicar algo, algo quizá injusto en la exigencia de esas soledades que algunos inquilinos de la ciudad demandamos de vez en cuando, como un lujo obligado que nos consuele de tantos días de prisas y alboroto, pero don Sindo se adelantó. Parecía más rehecho de sus melancolías con la expectativa de mi viaje invernal.

—Si le gustó el país en verano, no le va a defraudar cuando lo encuentre nevado.

—No lo dudo —secundé yo—. Y ojalá caiga tanta nieve que tengamos que hablar por las chimeneas, como contaba Pindio Gardo.

—Eso mismo —se sonrió don Sindo—. No sabe usted lo que ganan los cuentos cuando se dejan caer así, desde arriba y haciendo bocina con la voz para que se oigan con mucha aplicación allá abajo. Y otra cosa: con nieve fuera y orujo dentro, casi le digo que no hay historia mala de escuchar, ya me lo dirá.

Doña Verita, súbitamente, dio un respingo y se encaminó con paso apresurado hacia la puerta que comunicaba el recibidor con el bar. Don Sindo la siguió con la mirada y al volver sus ojos hacia mí hizo un gesto no sé si de paciencia o de expectación. Luego, retomando el discurso de las historias escuchadas con los ánimos suspensos por la nieve, añadió:

—Y otra cosa le digo: los cuentos siempre gustan más cuando los oye uno de fuera.

Es como si se contaran por primera vez.

Entendí que el forastero era yo y mi credencial más innegable esa condición de advenedizo. Me pregunté cuántas idas y venidas, cuantos cuentos dichos, oídos y vueltos a decir harían falta para ganarme el rango de hijo natural de aquel país que, según había advertido ya, limitaba con la memoria en todos los puntos cardinales.

Reapareció doña Verita trayendo entre las manos un envuelto de periódico.

—Ahí tiene —me ofreció—, para que entretenga la espera.

Por el tacto supe que era una botella y, sin abrir la ofrenda, agradecí el orujo. Ambos asintieron complacidos. Don Sindo, calmosamente, en un tono confidencial pero que tampoco se esforzaba por ser secreto, le preguntó a su señora:

—¿De cuál trajiste?

—Del bueno —respondió ella sin mirarle, sin alzar mucho la voz.

Esa fue la despedida de los dueños del hostel a la puerta de su casa. El río discurría a pocos metros, enredando en su paso lento el rumor de aquellos discretos adioses.

(Obra inédita todavía), Pablo Andrés Escapa

3. ARTÍCULO DE OPINIÓN

La España vaciada

«No sólo es una cuestión de recuperar los pueblos. Sino de pararse a pensar para qué y para quién los recuperamos»

Crecen los edificios de acero y cristal, se ultiman modernas autovías, se levantan aceras para meter fibra óptica, los autobuses ya son ecológicos y los carriles bicis proliferan, el ocio nos viene enlatado en pantalla líquida, somos más veloces y más listos y más modernos. La hostia somos. Pero los pueblos se mueren.

Esos a los que fuimos y a los que soñábamos con volver. Esos donde trasnochamos. Los de la era y el baile de las fiestas. **Esos** en los que dimos el primer beso. Esos pueblos que somos. Se mueren.

Más que una muerte es un crimen. Uno que acabará con un modo de vida que tiene 10.000 años. No hablamos de la España vacía. Sino de la España que vaciamos.

En el segundo lugar del mundo con más kilómetros de alta velocidad, se abandona el ferrocarril convencional. En esta España que presume de Sanidad, se eliminan consultas médicas en el medio rural. Las escuelas cierran por falta de alumnos. Languidecen los servicios básicos y las oportunidades. La tierra está exhausta, el agua cada vez está más lejos y el hombre y la mujer de pueblo se enfrenta al futuro acorralados.

En *Las nieves del Kilimanjaro*, Hemingway decía que el hecho de que el avión sea más rápido que el caballo no quiere decir necesariamente que el mundo vaya a mejor.

Ayer fueron miles en Madrid. Con las manos con las que el político jura la Constitución o el comisionista trinca su parte, en los pueblos hacen queso y harina, mermelada y pan, airean la tierra, la dejan descansar y no la expolían, levantan un cerco, cantan las 40 y hasta entierran al vecino.

Lo cuenta Rafael Navarro de Castro en *La tierra desnuda* (Alfaguara), la historia de un hombre en extinción que nació, creció y vivió en un mismo pueblo. El autor trabajaba como guionista en Madrid hasta que se le puso ahí mismo, vendió la buhardilla que tenía en Tribunal y se compró una hectárea en un pueblo granadino. Su libro hace surco.

Su hija Julieta (17 años) lo resumía así en *El independiente de Granada*: «Nuestra sociedad ha arrasado con todo y parece no arrepentirse de nada. Mis vecinos se mueren, mi pueblo se llena de *hippies* y de *guiris* y cada vez es más difícil aparcar, turismo rural lo llaman».

No sólo es una cuestión de recuperar los pueblos. Sino de pararse a pensar para qué y para quién los recuperamos.

Porque el señor con sombrero, palo de *selfie* y cámara de fotos que va el fin de semana a mi pueblo necesita que éste se mantenga bonito.

Pero los que viven allí dentro necesitan algo más importante: necesitan que el pueblo -de lunes a viernes- se mantenga vivo.

Pedro Simón, *El Mundo*. 1 de abril de 2019